



ELENA
MOYA

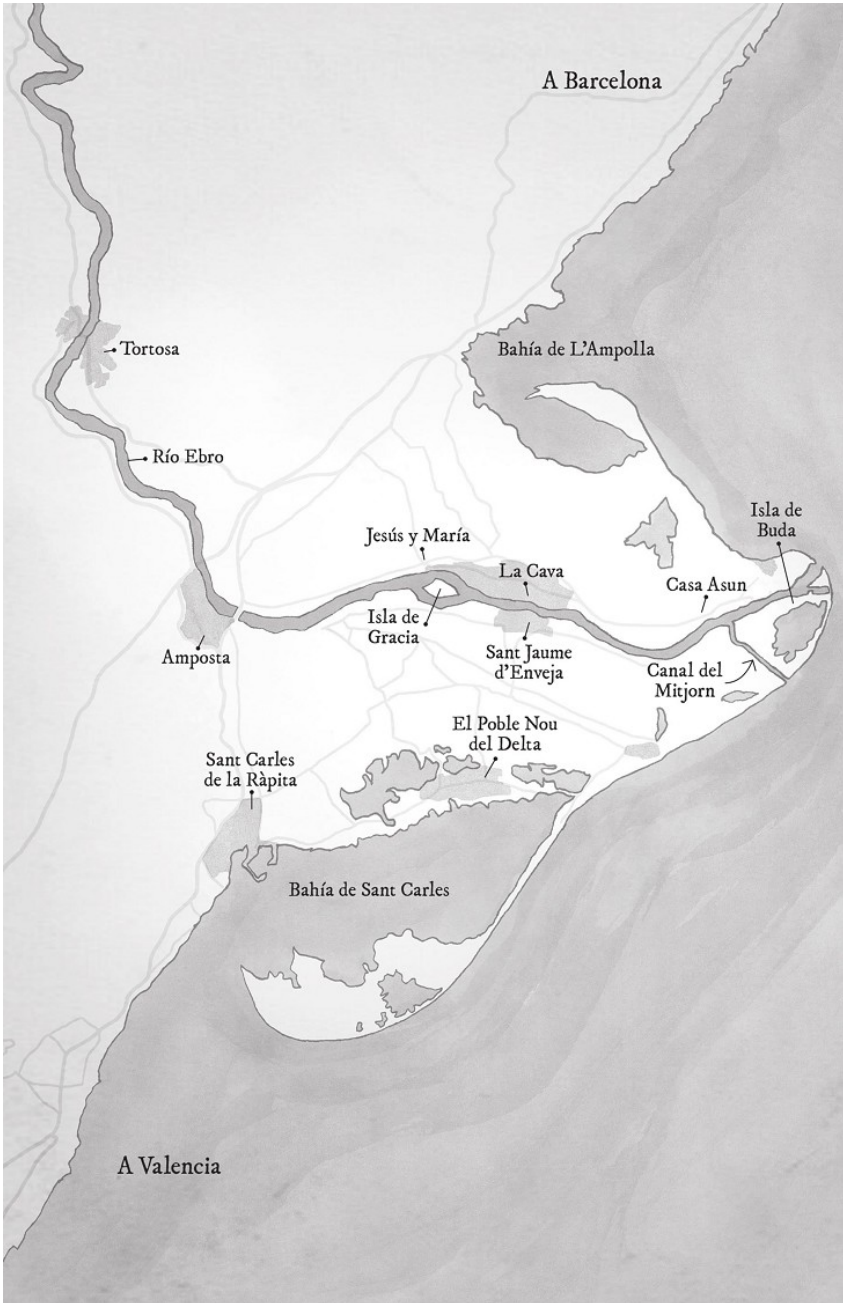
La Otra
orilla

La determinación y la lucha de una mujer contra el destino.

Isla de Buda, Delta del Ebro, 1961. Asun es una niña de once años llena de aspiraciones y de sueños a la que le encanta aprender en la escuela del maestro Isidre. Sus padres, Mariano y Remedios, trabajan en los arrozales de la familia Pons, los propietarios de la isla. Asun es consciente de que la relación de su madre con los señores, en especial con el señorito Max, está teñida de silencio y de forma casual descubre que su madre fue dueña de algunas de esas tierras. Todo cambia para ella con la muerte inesperada de Remedios. Su padre decide que empiece a servir en la masía de los Pons, pero la pequeña no está dispuesta a asumir el destino que su condición le tiene reservado; ella aspira a más y gracias a una bicicleta prestada, a su ingenio y a una fuerte determinación se convierte en una de las empresarias de mayor éxito de la zona. No obstante, tendrá que enfrentarse a los fantasmas del pasado para proteger aquello por lo que tanto ha luchado.

Después del éxito de sus anteriores novelas, Elena Moya regresa con una historia de afectos y de sueños, de clases sociales, de lucha y voluntad que conecta un pasado marcado por la guerra y las dos Españas con un futuro esperanzador en el que las mujeres son las nuevas protagonistas.

Para Wuri y Lucy.



1

La lucha milenaria entre el río y el mar era solo una de las muchas tensiones que se escondían detrás de la aparente tranquilidad de la isla. Pero no a ojos de Asun, quien desde bien pequeña entendió que el conflicto siempre está presente y que a menudo este se convierte en oportunidad: cuando el frío apretaba y la nieve cubría las montañas cercanas, el río llegaba fuerte hasta el mar y las cosechas eran abundantes; pero cuando ganaba el mar, empujando el delta hacia la costa y el río al interior, la regresión siempre venía acompañada de grandes bancos de angulas, lubinas o doradas. Ganara el río o ganara el mar, las casi doscientas personas que habitaban la isla de Buda, en la misma desembocadura del Ebro, vivían tranquilas, o al menos eso decían.

La de Asun era una de las treinta familias trabajadoras que vivía en este paraje natural, solo habitado desde que empezara el cultivo del arroz a orillas del Ebro a finales del siglo XIX. Estos colonos, como así se les llamaba, compartían casas, barracas y barracones en la fabulosa finca de los señores Pons. La propiedad, de unas mil hectáreas, estaba protegida por barreras naturales; a la izquierda colindaba con el mismo Ebro, amplio y soberbio antes de adentrarse en el mar; y a la derecha, con el canal del Mitjorn, que desde el río también se abría paso hacia el Mediterráneo, el cual quedaba al frente de la finca.

Los Pons habían sido propietarios del lugar desde principios del siglo XX, atraídos por la llegada del ferrocarril a

Tortosa y por la apertura de un canal de riego que permitió impulsar el negocio del arroz. Al haber acumulado fortuna en la industria textil, los Pons tenían una red social incomparable y recibían visitas incluso del mismo Alfonso XIII o de la infanta doña Isabel en la colonia de trabajadores que habían levantado en Manresa, junto a sus fábricas. Esta influencia les permitía tender redes allí donde se dirigieran y las tierras del Ebro no fueron una excepción.

El patrón de la familia, Nicolau Pons, no tardó en encontrar socios para fundar el Banco de Tortosa, que luego financiaría obras muy de su conveniencia. Primero se construyó otro canal a la derecha del Ebro que trajo agua a los campos de arroz previamente adquiridos por la familia. Más tarde, el banco contribuyó a la construcción de un emblemático faro en la misma punta del delta, que se mantendría en pie más de cien años. Finalmente, las autoridades y los medios que estas controlaban darían toda la propaganda posible al proyecto más ruinoso pero también más personal de don Nicolau: el barco de vapor que llevaría el nombre de su esposa.

Delicada de salud y triste de ánimo, la señora Anita no compartía la admiración de su marido por el delta, impregnado como estaba el industrial por los campos cubiertos de agua en mayo, el verde juvenil del arroz en junio o la capa de espigas doradas que cubría la finca antes de la siega. Anita prefería los domingos en el Liceo de Barcelona o las *soirées* culturales que organizaba en su amplio piso modernista del Paseo de Gracia. Lejos de la sofisticación de esos ambientes, a Anita le molestaba el incómodo viento de poniente del delta, los mosquitos del verano y ya no digamos el carácter poco refinado de los habitantes del sur. El delta no llevaba poblado más de cien años y antes solo contaba con algunos pescadores de temporada o pastores de las montañas cercanas, que en invierno buscaban zonas más cálidas para sus rebaños.

Cuando Anita conoció el delta justo antes de entrar el siglo XX, no había más que arrozales, juncos y barro.

Eso fue hasta que don Nicolau descubrió Buda, un paraje maravilloso y fértil que recibía agua dulce por dos de sus tres costados. Un consejero del Banco de Tortosa se lo enseñó por primera vez durante una jornada de caza, y don Nicolau se quedó enamorado de la virginidad de una tierra absolutamente llana, embellecida por álamos y chopos, y tan solo poblada por flamencos, garcillas y decenas de tipos de aves más. Ese primer día, en las lagunas naturales frente al mar, el industrial y su amigo cazaron cuantas fochas y garzas quisieron, en silencio, solo interrumpidos por el soplar del viento y el vaivén de las olas del mar.

A don Nicolau no le costó convencer a su esposa de que aquella tierra la ayudaría a recobrar la salud, y hasta el ánimo, ya que allí se respiraba aire puro y sobre todo libertad. Lejos de las estrictas normas sociales de la alta burguesía y del ruido de la efervescente Barcelona finisecular, Anita también se dio cuenta de que allí, en ese lugar inhóspito y recóndito, podría dedicarse a leer, pasear y cuidar de sus plantas, a las que tanta afición tenía. Y así, al cabo de un año de comprar la propiedad, la señora Anita ya se había hecho construir un porche con amplios sillones para leer y conversar, cubierto por una parra y una buganvilla tan densas que la protegían del sol y hasta de la lluvia. El espacio estaba flanqueado por geranios y tulipanes de múltiples colores, que florecían con un vigor que la señora nunca había visto. Esa vida repleta de luz y color le devolvió el ánimo, con lo que empezó a acudir a la isla incluso con más frecuencia que su marido, siempre pendiente de los negocios en la ciudad. Mientras, Anita dedicaba los veranos a plantar por toda la finca palmeras, eucaliptus y aguacates que hacía traer de Cuba pagando grandes cantidades, pero que con los años crecieron para dar una sombra muy necesaria en verano. Primavera tras primavera, la señora Anita convirtió una isla virgen en un

lugar exótico y bien cuidado que cautivó a los muchos amigos que la visitaban. En ese ambiente original y libre, Anita y sus invitados dejaron de hablar de ópera y beber champán, como hacían en las *soirées* de Barcelona, para pasarse al vino de la tierra y adoptar las ideas más progresistas venidas de Europa. Desde ese recóndito oasis, y tras leer a Pankhurst, Fawcett, Arenal y Pardo Bazán, Anita se convirtió en una de las abanderadas del feminismo local.

De todos modos, llegar a Buda era un problema ya que apenas había caminos, tan solo el de sirga, de uso casi exclusivo de trabajadores y mulas, las cuales tiraban desde la orilla de unos laúdes cargados de arroz que avanzaban por el río. El camino, además, siempre estaba encharcado y cubierto de juncos, algo poco apropiado para los Pons y su séquito.

Don Nicolau concibió la idea de comprar un vapor de unas cincuenta plazas y de esta manera llevar a su isla a cuantos familiares e invitados quisiera. Pero el barco también permitió comercializar mejor el arroz que Buda había empezado a producir, lo que originó el asentamiento de varias familias de trabajadores en la finca.

Ese era el caso de Mariano Nomen y su esposa Remedios, padres de Asun, y del padre de este, también llamado Mariano. Los Nomen compartían con otra familia una casa blanca y alargada, además de las letrinas que juntos habían construido en el exterior. Se trataba de una planta con cuatro habitaciones donde apenas cabían las camas, una pequeña cocina y una sala con una chimenea para el invierno; de las paredes tan solo colgaban gorros y abrigos y algún utensilio de labranza. Toda la vida se hacía fuera, la mayor parte del tiempo trabajando.

Durante la temporada del arroz, Mariano y el abuelo cuidaban con otros diez hombres uno de los campos más cercanos al mar, los menos fértiles por su elevado nivel de sal. De hecho, en febrero, cuando el campo se secaba, a veces se podía ver la sal surgir de la misma tierra. A pesar

de las advertencias de sus trabajadores sobre los elevados niveles de salinidad, don Nicolau nunca quiso rendirse al mar e insistió hasta su muerte en que toda la isla fuera cultivada. En el fondo, su único deseo era ver desde su habitación, en otoño, su finca cubierta de espigas doradas hasta el mar.

Max, su único hijo y heredero, y de una edad similar a la del joven Mariano, tenía una visión menos romántica de la explotación agrícola. Cuando Franco empezó a construir pantanos en el Ebro en los años cincuenta, Max enseñada se dio cuenta de que retenían los sedimentos del río y cada vez llegaba menos agua a Buda, con lo que el mar empezaba a comerse la isla. Con esa explicación dejó sin trabajo al abuelo Mariano, a quien sus cincuenta años ya le empezaban a pesar.

El abuelo Nomen, de todos modos, siempre defendió que aquello no era más que una excusa. Decía que el señorito Max acababa de coger las riendas del negocio de Buda porque don Nicolau ya no estaba para trotes y que a la que pudo le echó. Cuando Asun, muy niña, le preguntó por qué, el abuelo le respondió:

—El río arrastra sedimentos, y la vida también, hija. Los del río son buenos porque traen vida; los que la vida acumula a veces pesan demasiado.

A sus nueve años, Asun tardaría mucho en comprender el significado de aquellas palabras, pero sí entendió que su abuelo no derramara ni una lágrima por abandonar un oficio que le había roto la espalda. A pesar de dejar a la familia con un jornal menos, el abuelo Mariano recobró el espíritu y dejó de fruncir el ceño todo el día, fruto de sus continuos dolores y del maltrato habitual del patrono. Sin trabajar, el anciano dedicaba las mañanas a observar aves o a ayudar a Remedios en la casa, y las tardes a pasear con la pequeña Asun, a quien enseñaba los secretos de la isla. Él la conocía bien, pues había sido uno de los primeros que habitaron Buda, junto a su familia, en los años veinte.

Como casi todos los colonos, los Nomen procedían de La Cava, el pueblo más cercano, y como todos, llegaron con las manos vacías huyendo de la pobreza.

—¿Sabes por qué mueven así las patas los flamencos? —le preguntaba el abuelo a su nieta mientras paseaban, cogiéndola de la mano cariñosamente. Le solía hablar en susurros mientras observaban a los flamencos a través de las cañas que rodeaban la laguna principal de la isla.

Asun miraba con atención las aves de patas rosadas y cuello y pico largos, que pateaban en el agua repetidamente al tiempo que tornaban la cabeza de un lado a otro, todas a la vez. Abuelo y nieta contemplaban la escena cautivados por el movimiento casi sincrónico de los flamencos.

—No lo sé, abuelo, pero dímelo, tú lo sabes todo —dijo con sus grandes ojos negros abiertos de par en par, la vista fija en la cara arrugada del anciano.

El abuelo Mariano sonrió y acarició el pelo liso, moreno y brillante de su nieta, algo excepcional para quien el jabón y el agua caliente eran un lujo.

—Yo no lo sé todo, pero esto sí —respondió el abuelo con su calma habitual—. Patean para remover la tierra bajo el agua y que salgan los moluscos, larvas y algas de los que se alimentan. En cuanto notan que los tienen entre sus zancos, ¡zas!, giran el cuello rápidamente y usan el pico para entrar en el agua y comer. Y cuando crían, se ponen en fila a patear con sus zancos como si bailaran, para hacer mucho ruido y espantar a los depredadores. Por eso parece un *tablaó* flamenco, ¡de ahí el nombre!

Asun le contemplaba admirada porque el abuelo Mariano siempre tenía respuestas para todo. En las largas tardes de verano buscaban los montículos de tierra donde los flamencos dejaban sus huevos o los nidos de paja que los patos construían al borde de las lagunas, entre las cañas. En más de una ocasión habían escuchado el repicar de una cría de pato dentro de su cáscara y el abuelo Ma-

riano con solo acariciar el huevo ya sabía si estaba a punto. De ser así, el abuelo pelaba la cáscara con mucho cuidado, dejando que el animalito naciera casi en las manos de una boquiabierta Asun. Los dos volvían al mismo lugar al día siguiente para llevar a las crías algunos insectos que habían cazado y les daban de comer.

Al caer la tarde, nieta y abuelo regresaban a casa para cenar antes de que anocheciera. A pesar de estar a las puertas de los años sesenta, ningún colono tenía electricidad en casa. La luz solo llegaba cuando venían los señores de Barcelona, que desde Tortosa navegaban río abajo en unos grandes laúdes que les transportaban hasta el coche. Los Pons a menudo traían su Jaguar resplandeciente, uno de los poquísimos que había en España y que, hasta entonces, los trabajadores de Buda tan solo habían visto en las películas de Hollywood que daban en el pueblo una vez al mes.

Durante sus estancias, los Pons ocupaban la casa principal de la isla, una gran masía blanca con techo de teja roja que Remedios, madre de Asun, limpiaba a diario junto a dos compañeras. Si la faena no se cumplía bien, las mujeres recibían recriminaciones, sobre todo por parte del señorito Max, que también se irritaba si su *whiskycito* no estaba listo justo a su llegada o servido en el vaso de cristal tallado que, según contaba, había traído de Escocia. Asun, que solía esperar a su madre sentada en las escaleras del servicio de la masía, a veces oía cómo el amo reprendía a las sirvientas, aunque con Remedios siempre mostraba un tono más suave, quizá porque era más diligente que las otras, pensaba la pequeña. De todos modos, Asun nunca comprendió la naturaleza de esas conversaciones.

–Tú te lo has buscado –le dijo un día el señorito Max a Remedios.

–Yo no me he buscado nada –respondió su madre con la vista clavada en el suelo–. Soy una mandada desde que

me quitaron lo que era mío.

–Estuvo en tu mano impedirlo –le reprochó Max rápidamente.

Remedios ahora sí miró al amo a los ojos, con rabia contenida.

–Sabes perfectamente que no. –Después de un breve silencio, irguió la cabeza y continuó–: Dios bien sabe que esas tierras eran mías –dijo dirigiéndole una dura mirada.

El amo bajó la vista ante la crecida presencia de Remedios. Alta y delgada, vestida de uniforme negro con cofia y delantal blancos, no se movió del centro de la sala y mantuvo la mirada fija en Max durante unos instantes. El amo por fin la miró, contemplando la grandeza y el misterio de sus ojos verdes. Al cabo de un breve silencio, le ordenó:

–Vete. Por favor.

Asombrada por lo que acababa de escuchar, Asun de repente oyó que alguien abría una ventana en el piso superior, lo que trajo una corriente de aire que la hizo estornudar haciendo ruido, por más que intentara contenerse. De inmediato sintió los pasos de Max hacia la puerta que daba a las escaleras, que se abrió pronta y bruscamente, sobresaltando a la pequeña.

–¿Se puede saber qué haces escuchando detrás de las puertas? –le gritó el amo, alto y fuerte, imponente también por su elegante atuendo, de fino traje de hilo y corbata.

Todavía sentada junto a la pared, Asun encogió los hombros y agachó la cabeza, rodeándose las rodillas con los brazos.

–Estoy esperando a mi madre –dijo, para luego mirar de reojo a su madre con expresión de culpa.

Remedios, que continuaba en el centro del salón, contemplaba la escena con una mirada gélida que ensalzada todavía más su silueta recta y un tanto lúgubre. A pesar de ser todavía joven y de tener una tez pálida pero bonita y

delicada, solía mostrar un rostro grave, siempre cubierto por grandes ojeras. Su mirada no tenía expresión.

Asun se estremeció.

–Esto no es una sala de espera, ¿no tienes nada mejor que hacer? –le reprendió el amo.

Con la cabeza gacha, la niña se encogió todavía más, apretando las rodillas contra su pequeño cuerpo.

–Asun, obedece y pide perdón al señor –dijo Remedios a su hija, a quien miraba seria y fijamente.

Asustada, Asun no reparó en disculpas y corrió escaleras abajo tan aprisa como pudo, pero se detuvo justo antes de salir cuando oyó a Max referirse a ella. Contuvo la respiración.

–¿Es que no sabes enseñar buenos modales a tu hija? –le reprochó a Remedios, avanzando hacia ella y dejando la puerta de la estancia entreabierta.

–Hago lo que puedo.

Asun, con el corazón acelerado, oyó a su madre emitir un largo suspiro. Tras un corto y tenso silencio, escuchó de nuevo la voz alta y clara de su madre.

–Si el señor no desea nada más, mi turno ha terminado.

–Anda, vete –respondió Max al cabo de unos segundos–. Te veré mañana.

Todavía junto a la puerta del servicio, Asun echó a correr y salió de la masía sin que nadie la viera ni oyera. Triste y sin entender muy bien la tensión de aquel encuentro cuando ella no había hecho nada malo, decidió esperar a su madre cerca de casa, en lugar de entrar y empezar a preparar la cena como de costumbre.

Al cabo de unos minutos, Asun la vio llegar con el paso lento y la cara más compungida que de costumbre. Al ver a su hija, Remedios aceleró el paso y cuando estuvo a su lado la recriminó:

–Te has ido sin pedir disculpas al señor –dijo con la espalda erguida y la mirada seria.

–No he hecho nada malo –se defendió Asun–. Solo te esperaba en las escaleras.

Remedios negó con la cabeza.

–¿Es que no te das cuenta de que no nos queda más remedio que obedecer a los amos? –dijo cerrando los ojos–. ¿No te das cuenta de que ellos nos pagan todos los jornales de los que vivimos? –añadió en un tono más alto, ahora mirando fijamente a su hija–. El mío, el de tu padre, el de las familias vecinas, el maestro de tu escuela, ¡todos!

Se llevó las manos a las sienes. Se la veía agotada. Asun la miraba con pena porque parecía que siempre llevara el mundo a cuestas. Tampoco acababa de entender por qué escondía su silueta detrás del uniforme de sirvienta. Había algo muy poco natural en ello, se decía Asun.

–Si tú tenías unas tierras, ¿por qué sirves ahora? –preguntó la pequeña, todavía sorprendida por las palabras que su madre le había dicho al amo.

Remedios desvió la mirada.

–Escuchar detrás de las puertas no te traerá nada bueno. Y ya te puedes ir olvidando de esas tierras y de lo que has escuchado.

Asun se mordió el labio, pero su creciente curiosidad le impidió callar.

–¿Qué tierras eran tuyas, madre? –insistió.

–Es mejor que lo olvides, hija –dijo volviéndose hacia Asun y mirándola con cierta resignación–. Anda, vamos a casa que es tarde.

Asun obedeció y cogió a su madre de la mano, y ella se la estrechó. A pesar de la calma con la que llegaron a casa, Asun se sentía inquieta, insegura. Seguía sin entender qué tierras había perdido y por qué se lo había repriminado al amo. La intuición le dijo que su madre debía de haber sufrido una gran injusticia.

2

Como todos los hijos de las familias colonas, Asun iba a la escuela que los Pons habían abierto en la masía principal, una iniciativa de la señora Anita que, además de creer en el sufragio de la mujer, también luchaba contra el altísimo nivel de analfabetismo. Las clases se daban en la iglesia que había en el centro del edificio, donde un cura de La Cava venía a dar misa los domingos, pero que de lunes a viernes servía de escuela. Allí, unos veinte niños se sentaban en los mismos bancos de rezar, sin pupitre, y escuchaban las lecciones de un viejo maestro de escuela que los Pons consiguieron traer gracias a su influencia en el Ayuntamiento de Tortosa.

La escuela, de todos modos, poco duraba. Con diez años la mayoría de los niños ya empezaban a ayudar a sus padres durante la temporada del arroz, mientras que las niñas aprendían a coser y también a realizar algunas labores de campo. Por lo general, se les encargaba retirar las malas hierbas, un trabajo monótono, duro y pesado, a menudo asignado a las mujeres con la excusa de que no precisaba la fuerza que requería la siembra o la siega. Con cuerpos de cuarenta años que se movían como si tuvieran sesenta después de tres décadas de trabajo, muchas mujeres no tenían más remedio que pedir ayuda a sus hijas para completar la faena y así incrementar el jornal, aunque fueran cuatro perras. Cualquier cosa ayudaba.

Era el caso de Remedios. Siempre delicada y poco amiga del sol, la madre de Asun no soportaba las largas horas